

y la obra del gran Maestro caraqueño, especialmente su concepción de la lengua como instrumento de cultura y elemento civilizador y el papel fundamental que le asignaba a ésta en la educación de la juventud. Luego, en breves trazos, presentó a don Andrés como precursor de las modernas concepciones estructuralistas de la gramática y exhortó a prolongar el ejemplo de Bello, quien "supo pensar bien sobre la lengua y enseñó a pensar bien sobre ella". Por lo tanto, —concluyó el doctor Torres Quintero— debemos rogar a Bello que nos siga enseñando a pensar en castellano, en cristiano y en indio y, pasando del pensamiento a la palabra y a la acción, podamos llegar así al desenvolvimiento cabal de nuestra personalidad y a la realización de nuestro ser histórico.

Para terminar, el Encargado de Asuntos Culturales de la Embajada de Venezuela, doctor Adolfo Montoya, dio lectura al texto del concurso "Bello, integracionista" que las tres entidades invitantes abrieron para estudiantes universitarios y de bachillerato.

Terminado el acto académico, la Embajada de Venezuela invitó a una copa de champaña, que fue servida en la biblioteca del Seminario Andrés Bello. A esta recepción asistieron también el señor Presidente de la República y las altas personalidades que lo acompañaban.

EL DIA DE BELLO EN CARACAS

Todos los años se recuerda en Caracas el Natalicio de don Andrés Bello, el 29 de noviembre, que es también el Día del Escritor en Venezuela. En 1969, el Presidente de la República, doctor Rafael Caldera, quiso que fecha de tanta significación cultural para Venezuela y América se conmemorara en forma solemne, con diversos actos.

El principal de ellos fue la sesión de homenaje a don Andrés Bello celebrada conjuntamente por las cinco Academias Nacionales de Venezuela, a saber: Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Española, Academia Nacional de la Historia, Academia Nacional de Medicina, Academia de Ciencias Políticas y Sociales y Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales. El acto tuvo lugar el 29 de noviembre próximo pasado a las 11 de la mañana, en el paraninfo del Palacio de las Academias, y en él ocupó el puesto de honor el señor Presidente de la República, miembro de número de dos de las mencionadas Academias, quien pronunció el discurso con que culminó la sesión.

Las palabras de apertura de la sesión fueron pronunciadas por el Director de la Academia Venezolana de la Lengua, Reverendo Padre Pedro Pablo Barnola S. I. Habló luego el señor Embajador de Chile, doctor Alvaro Droguett Delfierro. Finalmente, llevó la palabra el Director del Instituto Caro y Cuervo, doctor José Manuel Rivas Sacconi,

invitado especialmente para esta ocasión, quien dijo el Discurso de Orden en este acto, sobre el tema *Magisterio y compromiso hispanoamericano de Andrés Bello*, del cual se reproducen a continuación algunos fragmentos.

Asistieron a la sesión, con el señor Presidente de la República de Venezuela, los Ministros de su gobierno, Su Eminencia Reverendísima José Humberto Cardenal Quintero, Arzobispo de Caracas, el Procurador General de la Nación, el Secretario General de la Presidencia, los miembros de las Academias Nacionales, los miembros del Cuerpo Diplomático, las autoridades eclesiásticas, civiles y militares y muchas otras personas.

Antes de la sesión pública, se verificó una reunión, a las 10 de la mañana, en el mismo Palacio, en el salón de la Academia Venezolana de la Lengua, durante la cual el señor Presidente de la República impuso las insignias de la Orden de Andrés Bello a tres escritores: Arturo Uslar Pietri, venezolano, Sergio Fernández Larraín, chileno, y José Manuel Rivas Sacconi, colombiano. A nombre de los condecorados habló el excelentísimo señor Sergio Fernández Larraín.

MAGISTERIO Y COMPROMISO HISPANOAMERICANO DE ANDRÉS BELLO

Fragmentos del discurso del Director del Instituto Caro y Cuervo

BELLO UNA NECESIDAD DEL MOMENTO.

Ahora bien: si Bello consideró necesario tan dilatado y persistente magisterio frente a la Hispanoamérica que se ofrecía a sus ojos, y que conservaba cierta homogeneidad derivada de tres siglos de historia común y del poco contacto con otros continentes, hoy se hace más indispensable aún esa clase de magisterio, por la creciente intromisión de factores extraños que operan sobre nuestro mundo, y porque la conciencia de los problemas y, sobre todo, de los peligros, que se multiplican y proliferan, se ha relajado o no es igual en todas partes. Nos encontramos ante la paradoja de que el acortamiento de distancias, la facilidad de comunicaciones, el crecimiento de medios de difusión, en lugar de promover la cohesión interna de Hispanoamérica, están sirviendo principalmente para borrar rasgos característicos de cada uno de nuestros pueblos y de todos ellos en conjunto. En cambio, no se aprovechan, en la medida deseable, las ventajas que esa mayor comunicación puede proporcionar para dar soluciones uniformes a los aludidos problemas y peligros. Seguimos tratando de resolverlos insularmente, y no con criterio común, pese al hecho evidente de que la raza, la lengua, las tradiciones hacen de esta Hispanoamérica una sola unidad. De

consiguiente, hoy más que nunca, es una necesidad, y no un simple tópico literario, volver a Bello, a su visión unitaria de los pueblos americanos, a la aplicación de sus ideas, a sus geniales anticipaciones y métodos.

Esta necesidad es urgente ante el problema específico de la lengua, de la lengua nativa, como él la llamaba, de la lengua de todos. Y para ello nada más eficaz que volver a su *Gramática*, con un sentido claro de sus limitaciones — simple resultado de las condiciones de tiempo y lugar en que la redactó —, pero también de sus valores perdurables y, más que nada, de la norma que ella representa, del ideal que lleva entrañado en sus páginas.

VIGENCIA DE LA GRAMÁTICA.

Lo que es permanente en la *Gramática* no es la mera descripción estática de la lengua que conocía Bello. El registra el uso culto y común de los países americanos. Pero si ese uso tiende a ser irregular y casi caótico, posiblemente su descripción de la lengua de ayer no corresponda completamente a la de hoy. Por otra parte, la lingüística ha progresado incesantemente desde la época en que Bello escribió sus estudios gramaticales. Sin embargo, siguen siendo constantes y válidos una serie de postulados, en los que él se apoyó, y una finalidad objetiva que plantea exigencias comunes al tiempo de él y al nuestro.

Tales postulados son precisos: que la lengua es un sistema artificial de signos, que cada lengua tiene su teoría particular, que el criterio de autoridad debe ceder ante lo que es la lengua en sí misma, que el uso se explica e ilustra por el uso, que es de la mayor importancia la conservación de la lengua en su posible pureza, que el mayor de los males que pueden caer sobre ella no es la introducción de vocablos, sino “la avenida de neologismos de construcción que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros”; que detrás de todo esto está la unidad y vitalidad de la lengua. Estos postulados continúan teniendo igual vigencia hoy, para nosotros, y seguramente la tendrán mañana. Lo que interesa e importa es que la enseñanza gramatical siga reconociéndolos y abrigando permanente preocupación por ellos.

IDEAL CIENTÍFICO E IDEAL PEDAGÓGICO.

Al lado de los ya enunciados, hay otro postulado más general, que conviene destacar. Bello no separó en ningún momento el estudio de la gramática, como disciplina especial, del fin que debía cumplir, ni encerró en fórmulas áridas y rígidas el contenido lingüístico que

estaba destinado a la vida. Su mira teórica no se encontraba divorciada de su objetivo práctico. Buscaba satisfacer por igual las necesidades del pensamiento y las de la formación del hombre. Es decir, junto a su ideal científico alentaba su ideal pedagógico. Pensaba que en cierto modo se hacía estéril el primero, si no estaba fecundado por el segundo.

Hacia una situación de divorcio de los dos ideales hemos ido derivando, con grave riesgo. El progreso de la lingüística ha llevado paulatinamente a un especialismo peligroso, que ha hecho que se pierda de vista lo esencial: su aprovechamiento humano, no en términos de conocimiento, sino de comportamiento social, de conducta frente a los problemas que la lengua y su enseñanza plantean, frente a las posibles soluciones que a ellos deben darse. Todo lo cual refuerza la necesidad de volver a Bello y a su lección.

LA LENGUA, MAESTRA DE INDIVIDUOS Y PUEBLOS.

Bello consideró el estudio de la lengua patria como "el primero de los estudios juveniles, que es al mismo tiempo uno de los más necesarios". Esta primacía aparece en sus escritos reiteradamente. Dice en otro pasaje: "uno de los estudios que más interesan al hombre es el del idioma que se habla en su país natal. Su cultivo y perfección constituyen la base de todos los adelantos intelectuales". De allí que encaminara todos sus esfuerzos a promover, intensificar y renovar la enseñanza de la lengua materna, como medio insustituible de educación. La lengua es la gran maestra de los individuos y de los pueblos, no solamente por los elementos formativos que contiene, sino porque es el instrumento de la cultura toda. Estimaba que su fervoroso celo por la educación idiomática era el "único medio de radicar una libertad racional, y con ella los bienes de la cultura civil y de la prosperidad pública". Pensaba no únicamente en términos de cultivo personal, sino en función social, con miras a impulsar y estructurar sobre bases sólidas el progreso cultural de Hispanoamérica, progreso que tiene sus fundamentos ante todo en el hecho de gozar nuestros pueblos de un idioma y una tradición que les son comunes.

Bello comprendió mejor que nadie cuál es la misión que, entre las instituciones culturales, corresponde a la lengua. Su punto de vista, en este sentido, se entronca con el pensamiento de la Ilustración, que ve en la lengua un elemento esencial para la formación del individuo y la consolidación y ensanche de cualquier comunidad humana. De aquí nace la importancia que concede a la educación en general, pero principalmente a la educación lingüística (norma del hablar correcto como producto del hombre bien educado); de aquí brota el interés vital que pone en formular un sistema gramatical apto para cimentar y fomentar la unidad de cultura de los países americanos.

RESPONSABILIDAD FRENTE A LA UNIDAD DE LA LENGUA.

Esta unidad fue para Bello máxima preocupación y supremo ideal, porque sentía en carne propia la responsabilidad que incumbía a los fundadores y mentores de los pueblos recién emancipados, responsabilidad que les imponía la obligación de estar alerta para prevenir y remediar situaciones susceptibles de poner en peligro "las inapreciables ventajas de un lenguaje común". Aunque se preguntara, en cierto momento, si estaría exagerando o no ese peligro potencial, prefería consagrarse de continuo a conjurarlo, porque no dudaba de la eficacia de la educación para conservar la lengua en su integridad. "La unidad de la lengua sólo con estudio se puede mantener, y la unidad de la lengua —anota Amado Alonso— era para Bello un bien político inapreciable de alcance no sólo nacional, sino intercontinental".

He aquí las palabras del propio Maestro en el prólogo a su *Gramática*: "Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes".

Me haría interminable si prosiguiera en la cita de pasajes pertinentes y fundamentales de Bello. Los textos que me he permitido leer, y que son bien conocidos, bastan para demostrar la actualidad y vitalidad de sus ideas. Válidos en su tiempo, lo son hoy también. Revelan la precisión con que observó los fenómenos que lo rodeaban, la seguridad con que enfocó los problemas, la clarividencia con que anticipó desarrollos y peligros futuros, y el acierto con que propuso soluciones y remedios. Puede decirse que su pensamiento y su actitud tienen ahora mayor actualidad, si cabe, que en su época. La realidad y la ciencia le han dado la razón. Su creencia en el poder que tiene la enseñanza gramatical para mantener la unidad lingüística corresponde a la posición moderna que ha rechazado el concepto de fatalidad en el fenómeno de fragmentación de las lenguas y, en cambio, estima que el proceso histórico de ellas depende en mucho de la acción de los hombres. Bello no se equivocó en su apreciación, ni vaciló en asumir su responsabilidad.

LA LENGUA COMÚN ESTÁ EN PELIGRO.

En los días que corren, los males son más agudos que los anotados por Bello en su hora, los riesgos son más inminentes y más graves. "La lengua está en peligro; nuestra lengua común está en un peligro pavorosamente próximo", ha declarado con énfasis Dámaso Alonso, quien no por ello cree perdida la partida, sino, muy al contrario, propugna la lucha organizada contra este peligro.

Esto sucede cuando se hace más conveniente, útil y necesaria la unidad de lengua entre nuestros pueblos que procuran el estrechamiento

de sus relaciones, en todos los órdenes, y buscan su posible integración. Para lograrla, el factor más positivo con que contamos es la comunidad de idioma, que representa, aun desde el punto de vista puramente económico y práctico, un patrimonio de inmenso valor, no menos cierto y real por ser inapreciable.

Y esto acontece simultáneamente con la expansión que ha alcanzado el español en el mundo, inclusive en países extranjeros, por lo cual es tenido entre los pocos idiomas universales, admitido en organismos y conferencias internacionales.

LA ENSEÑANZA Y LA INTEGRIDAD DE LA LENGUA.

Mientras tanto, poco o nada se hace para atacar el mal en su raíz. ¿Se ha olvidado acaso la lección de Bello? ¿No nos enseñó él que el estudio del lenguaje es el primero de todos, y que la unidad de la lengua se asegura en la educación? Ciertamente nos encontramos ante hechos que se oponen abiertamente al ejemplo del Maestro de América. La enseñanza de la lengua patria va perdiendo terreno en los planes y programas de estudios, en lugar de ser intensificada para suplir la ausencia del latín, para mantener el equilibrio con el aprendizaje de las ciencias, y hasta para atender a las exigencias de denominación inherentes al desarrollo tecnológico. Pero el hecho más calamitoso es, sin duda, el de la enseñanza llamada bilingüe que se presenta cada día con mayor frecuencia en escuelas y colegios. Y todavía más grave es el caso de aquellos planteles en que se da preferencia al estudio y empleo de lenguas extranjeras, desde las primeras letras, para enseñar a leer y escribir, y aún más, para impartir la docencia de otras materias. Todo ello crea problemas que no favorecen a la comunidad ni a los individuos, produce traumatismos irreparables, causa desequilibrio en el manejo de los conceptos y del vocabulario, sirve de conducto para la penetración de extranjerismos, tanto de léxico como de sintaxis, especialmente en lo relativo al lenguaje científico y técnico, y coloca a la lengua materna en posición secundaria, mientras la extraña pasa a ser la lengua de cultura.

La integridad y la vitalidad de nuestra lengua dependen de la enseñanza; no sólo de la específicamente gramatical y literaria, sino de la enseñanza en general, es decir de que la educación, en su conjunto, se imparta en la lengua nacional.

EL TRABAJO CONSTRUCTIVO DE TODOS.

Bien es cierto que para salir al encuentro de los aludidos peligros, para contrarrestar factores adversos y para enriquecer el caudal de nuestra lengua con la adopción de un vocabulario uniforme de tecnicismos

y neologismos, se libran batallas en muchos frentes y por numerosas personas e instituciones; pero la lucha es desigual y carece de coordinación. En primera fila están las Academias de la Lengua Española, que son los órganos adecuados para dirigir la campaña preconizada por don Dámaso Alonso. A pesar de lo que muchos creen, las Academias son hoy entidades activas y eficaces, especialmente desde el momento en que constituyeron su Asociación y su Comisión Permanente, y han venido reuniéndose en congresos plenarios en forma periódica.

Sin embargo, las Academias no pueden obtener los resultados apetecidos, si no tienen el apoyo de la opinión pública y de la comunidad, y si no cuentan con el respaldo de las autoridades de sus respectivos países. Este apoyo de los poderes públicos, previsto en el Convenio multilateral de Bogotá celebrado entre los países hispánicos en 1960, felizmente ya se ha hecho efectivo por parte de los gobiernos que se han dado cuenta de la situación.

Tampoco puede resultar eficaz la labor de las Academias si, al paso que ellas hacen un trabajo constructivo, persiste la acción negativa de fuerzas disociadoras y, sobre todo, si no se pone remedio al mal desde sus orígenes. El esfuerzo de Academias e Institutos pueda trocarse en el trabajo inútil de las Danaidas condenadas a llenar un tonel sin fondo. El problema radica, según lo vio Bello, en la enseñanza. Mientras ésta no ofrezca sólidas bases, se anulará todo intento de edificación. Peor aún será la situación, si alguien se propone socavar los cimientos del edificio, o se dedica a desentejar la casa en que habitamos.

La defensa del lenguaje no puede ser una tarea aislada. Se impone un trabajo global, en que la conservación idiomática se corresponda con la conservación de la tradición cultural. La unidad de lenguaje implica y es unidad de cultura. En términos mucho más precisos y adecuados para nuestro caso, y desde luego con toda la autoridad científica que le es propia, ha expresado este concepto don Angel Rosenblat: "La unidad de la lengua española sólo puede ser obra de la cultura común".

A las presentes generaciones les es dado hablar, justamente, de comunidad cultural y lingüística, y disfrutar de sus beneficios, gracias, en gran medida, al pensamiento, a la obra y al apostolado de don Andrés Bello. Puede afirmarse con seguridad que si, en los albores de su vida independiente, los pueblos de América no hubieran estado guiados por las orientaciones de un maestro providencial, el panorama cultural hispanoamericano sería muy distinto. Esto comprueba la sabiduría y la fecundidad del magisterio de Bello, que trabajó sobre realidades vivas, con ideas que aún conservan su vigencia, y que supo comprometerse con la causa de la unidad hispanoamericana.

Su ejemplo nos obliga. Nuestra conducta debe ajustarse a obrar dentro de las circunstancias actuales con fidelidad a los principios que inspiraron a Bello, con la mira puesta en los valores y objetivos que él se propuso, con el pensamiento dirigido siempre a recordar su lección; con la voluntad decidida de dar permanente testimonio, con nuestros actos, de que creemos que Bello es el símbolo viviente de los superiores ideales de Hispanoamérica, que sigue siendo nuestro mentor y nos acompaña como numen tutelar.

JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI.

Caracas, 29 de noviembre de 1969.

LOS SETENTA Y CINCO AÑOS DE WILHELM GIESE

El 20 de febrero de 1970 la Universidad de Hamburgo y los discípulos y amigos del profesor Wilhelm Giese le tributaron un respetuoso homenaje, al llegar tan ilustre lingüista y folclorista a los setenta y cinco años de edad.

El profesor Giese, bien conocido de todos los romanistas del mundo, se ha distinguido por su actividad sin pausa, consagrada en primer término a la investigación — sobre todo investigación de campo — acerca de la cultura popular de los países románicos y de los elementos lingüísticos con ella relacionados. Por más de cuarenta años el profesor germano ha recorrido las diversas regiones de la Rumania en una infatigable averiguación de usos, costumbres, utensilios, trajes y viviendas populares, y de las palabras que sirven para designarlos, recogiendo y analizando asimismo narraciones, poesías, coplas y otras manifestaciones de la creación literaria tradicional en las naciones de origen neolatino.

El profesor Giese nació en Metz (Lorena) en 1895. Durante la Primera Guerra Mundial, recorrió, como soldado de los ejércitos alemanes, Serbia y Rumania, países en los que se despertó su vocación de etnólogo y folclorista. Luego tuvo que pasar algunos años de cautiverio como prisionero de guerra en Francia, lapso en el cual se avivó su interés por la cultura neolatina. Restablecida la paz, inició sus estudios superiores en la Universidad de Hamburgo, donde siguió, entre otras materias, cursos de filología románica, filología vasca, fonética, lingüística general, lenguas celtas, lenguas de Indonesia y Polinesia, árabe, filosofía del lenguaje, filosofía, etnología y etnografía general, etnografía del Norte de África, México y Polinesia, psicología y antropología. En la citada universidad tuvo eminentes profesores, entre los cuales se